RADAR LIBROS

Vanna Andreíni
Jorge Barón Biza
Sergio Bizzio
Ana Becciú
Gabriela Bejerman
Marcelo Birmajer
Arturo Carrera
Juan Forn
Rodrigo Fresán
Tamara Kamenszain

SUPLEMENTO
LITERARIO DE
PAGINA/12
AÑO IV Nº 200
2 • 9 • 2001

200 semanas

UNA ANTOLOGÍA

Daniel Link
Santiago Llach
María Moreno
Alan Pauls
Jonathan Rovner
Guillermo Saccomanno
Juan Sasturain
Ariel Schettini
Alejandro Tantanián
Claudio Zeiger



Te dice vení

POR ANA BECCIÚ

"pueblo mío, el que te alaba te engaña"
Isaías, III,12

te dice vení que vamos a hilar juntos
pastitos y ramitas conque tejer allá
hacerlo de una vez lugar de nosotros
acaso vela del estar acaso ámbar ausente
–pero yo pedía ánfora, sitio, no casa no casa–
desenredala a la violencia a la violenta
me hizo prometer que haría versos con todo eso,
pero se fue. no está. aquí ya no está.

pueblo mío, alabás al que te engaña

y yo te engaña,
no es inocente, palabras no dice, pronuncia,
se le escapan como expiaciones húmedas
como concha que se abriera sola
sin vos que ahí vaya a puro pensarte.
mal de madre le dirán que tiene
mal de madre. ay, sórbeme, mojada y piel

y eso no es todo
"hame expuesto sus quejas y su dolor"
y no es todo, no,
cómo se hace entonces para decir que no estamos
que nos fueron, que nos pusieron
un paréntesis entre nos y otros
y nos chiquéandaron
vos, yo, nosotros perdiste,
¿acaso nos mira ella
la chica ésa? la rompían, la rompían,
le salía mamá, mamá, de eso que fue boca
–boca bella para mí que beso tu boca y beso–
y ellos de eso hicieron hueco aterrado hueco
y ahí están ahora
y se mecen en el aire puro y próspero
que abrió tu vientre, pequeña, ya ves

Freud

POR TAMARA KAMENSZAIN

"Me voy hacia la luz"
me decía en un sueño mi padre muerto.
Su sonrisa esfumada en doble lejanía
acercaba sin embargo una tranquilidad luminosa:
había un mensaje literal
enunciado clarísimo donde la luz es la luz es la luz es la luz
y donde irse es replegarse en eco
como sólo un padre sabe hacerlo
envuelve el alma en blanco tiende una fundita
y apoya de los hijos en blanco la cabeza
ahí escribe premoniciones futuras
un destino de grandeza una vía regia
que él firma y confirma como médico
dejándonos en una cura formidable
su desaparición.

¿Dónde estás, mi amor?

POR JORGE BARON BIZA



Cómo podría jamás dudar de tu amor? ¿Podrías acaso dudar del mío? Amo sin vacilaciones tu pelo de un color tan rico, con esos matices rubios, castaños y hasta algún destello oscuro. Por las mañanas, después de tu partida, he recogido unos pocos cabellos tuyos que quedaban sobre la almohada y los he guardado, como una limosna de tu esplendor. De tus fotografías, aunque todas sean testimonio de lo perfecto, prefiero los perfiles, por ese dibujo de la nariz, que sube primero y baja después, por esa frente tan grande que permite que tu cabellera vuele libre y alta, independiente de la alegría de tus ojos.

¡Y tus ojos! Como el pelo, tan ricos en matices que nadie se atreve a afirmar que sean celestes, pardos o negros. Son como una totalidad, como un universo del cual nada puede estar ausente.

Tan rica tu imagen que desborda mi pobre imaginación. Ahora ya no bastan las palabras. Busco tus fotos. Están en la carpeta azul. Busco la carpeta azul... No está. ¿Puede ser que la haya tirado junto con las carpetas de archivos periodísticos? ¡Tan chico el bulín y tan grande mi amor por vos!

Te necesito desesperadamente. Ya aparecerán las fotos. Pero tengo tus pelos de la almohada. Los guardé en el cubilete de los lápices y biromes, para que me inspires... No están. La muchacha que limpia es una obsesiva, no se le escapa nada... ¿Hasta qué punto eran rubios, cuánto tenían de morochos?

Necesito algo tuyo. Hace tan poco que te vi y no puedo recordar exactamente dónde empieza a curvarse tu nariz. Estas dudas me ponen nervioso y los nervios me hacen dudar más todavía. Tu frente se agranda hasta el abismo. Tus cabellos vuelan y se pierden más allá. No me abandones de esta manera cruel.

Hay una certeza: ¿te acordás de los garabatos que hacías en una hoja de bloc mientras hablabas por teléfono con tu amiga Marta? Vos no lo sabés, ¡pero los guardé, los atesoré! Los uso como marcador. Están en la novela que leí anoche.

No me vas a abandonar. No te me vas a escapar. Hasta recuerdo la página: 147. ¿Ves?: 90, 102, 136, 145, 146, 147. Aquí están... No son garabatos tuyos, son garabatos de Mirta. No puede haber duda. ¡Mirta! ¿De qué color tan complejo, matizado y teñido era el pelo de Mirta?

Tiene que haber existido alguna diferencia entre vos y Marta. La existe: vos sos el amor de mi vida, el motivo de todo lo que hago. Mirta fue una aventura maligna tramada por ella misma. Además, nada de Mirta es comparable a vos.

El espíritu de Mirta es rastrero. Siempre está escuchando la conversación de al lado, no como vos, que mirás de frente, con esa sonrisa sin tácticas. No pueden ser iguales; no deben ser iguales. Me impongo como obligación diferenciarlas. Es una necesidad ética. Pero si ahora entrase un extraño no podría decirle que Mirta es rastrera y vos franca: lo tomaría como una declaración de simpatía y antipatía, no como una diferencia real. Apenas una diferencia arraigada en mi mirada y en ningún otro terreno sólido.

Siempre, la mirada, sospechosa. Qué foco de vagabundajes, metamorfosis; qué vía de escapes, qué vómito de lo que creemos ser. El lunar en el omóplato: ¿tuyo, o de Mirta? Aunque lo sepa, qué importa. No lo puedo demostrar.

Tendría que haberte amado delante de testigos. Por tu bien: para que las verdades quedasen establecidas... ¿Testigos que establecen las verdades como en los Tribunales?: da risa. Testigos que también tienen miradas, por donde se escapa y transforma todo lo que supieron.

Quizá la culpa sea tuya. ¿No debiste dejar alguna certeza? ¿No debiste ocuparte muy especialmente de dejarla? A mí ya no me queda otra solución que la indiferencia. Da lo mismo que el lunar sea de Mirta, la indigna, o tuyo, la sublime. Así, la sublimidad es una indignidad. Es un alivio.

Las dejo confundidas: una pierna con ese vello rosadito que brilla al sol de tu cuerpo perfecto y otra con esos pelos negros y gordos que a Mirta se le escapan cuando se depila; un pezón afrutillado, otro arrepollado. Frankenstein es la única identidad posible. La confusión tampoco debe ser simétrica, ni por piezas completas: no una pierna enteracon vello adorable. Eso todavía no sería confusión: parte de una pierna con vello adorable y siempre la posibilidad de encontrar entre la pelusa rosada el pelo gordo... Me hallo a mí mismo descreándolas a ustedes, mis amores imposibles. Eso es lo que soy.

Y en última instancia, ¿esa cualidad inasible tuya y de Mirta no es una identidad común? Ya sé que no son la misma persona, pero se reúnen en ese prefijo maldito "in": inasibles, inidentificables, indiferenciables. ¿No se merecen ustedes un enamorado como yo?... Es un largo camino para la amada inmortal, pero lo hemos recorrido los tres. Que nadie quiera retroceder. No es el tiempo de los nombres. Si nos hubiésemos librado del tiempo también nos habríamos librado de todo este laberinto; todo, entonces, recién creado: todo indudable, indiscutible, intransferible... in... in... in... todo inasible, inidentificable, indiferenciable.



Un grito oscuro

(pieza breve destinada al susurro)

POR ALEJANDRO TANTANIAN

QUIEN SUSURRA no necesita ser definido como hombre o mujer. Cualquiera de los sexos permite su encarnación. Aquel que escucha puede ser, también, un hombre, una mujer. Después de todo no hay rasgos distintivos para aquellos que gritan en la oscuridad. QUIEN SUSURRA se acercará lentamente a un otro que escucha y desgranará con violencia lo que sigue.

Ahora veo con claridad lo que asoma en la superficie de tu cuello. La piel se abre ante mi vista y quedo yo atrapado en ella. Tu perfume se desprendecuando hago así con esta mano. ¿Sabés quién soy? Claro que sí. Lo sabés muy bien. Todas aquellas noches me llamaste mientras tu cuerpo se hundía entre las sábanas. Antes que tus ojos se cerraran gritabas mi nombre y yo escuchaba. Todas aquellas noches yo escuchaba.

Pero no acudo rápidamente. No me lanzo sobre los cuerpos cuando escucho por primera o segunda o tercera vez mi nombre. Dejo que el tiempo realice su obra desesperada en quien me llama. Y cuando el deseo o la desesperación se agigantan, entonces sí, me precipito a este tiempo y abandono mi descanso para acercarme al oído de quien llama para susurrar estas palabras.

¿Querés gritar? Probá. ¿Lo ves? Nadie puede oírte.

El silencio se apodera de los hombres cuando yo me acerco a ellos.

Estás, ahora, condenado a escuchar.

Tu piel es suave, los pliegues de la carne se enroscan entre mis dedos.

Las caricias son mi primer acercamiento. Y estas palabras vertidas en tu oído.

¡No te muevas! No hay lugar para el arrepentimiento. Sos esclavo de mi voluntad. Todas aquellas noches, mientras me llamabas, espiaba tu cuerpo desde mi escondite. Lentamente fui tomando forma en la oscuridad de tu cuarto.

Primero mis manos, que ahora acarician tu piel; luego mis ojos, que se abisman en tu cuello; y cuando fue el turno de mi pecho me posé sobre el tuyo mientras dormías.

Fueron las noches en que creíste haber soñado una negra pesadilla. Pero era yo, simplemente yo, quien pesaba sobre tu cuerpo y te oprimía el corazón. Abrí tu boca mientras dormías y precipité en ella las imágenes horrorosas de tu sueño.

Así y todo no dudaste en llamarme.

Y yo acudí.

Siempre acudo.

Tarde o temprano llego a la cita.

Dicen que las estacas clavadas en nuestros corazones terminan con nuestra existencia. Nada más falso.

Intentaron deshacerse de nosotros durante siglos. Sin embargo aquí estamos.

La estaca en el corazón no es más que una estúpida imagen raptada a la imaginación. Llevar una estaca en el corazón: metáfora del amor. Nosotros descubrimos cuál es la forma de esa estaca. Pero no somos tan torpes como ustedes.

¿Adónde vas? No es la hora todavía. La noche es larga.

Tu prisión son estas palabras que yo susurro en tu oído. Sólo cuando haya terminado serás libre.

Decía que nosotros eliminamos la torpeza en el arte de amar. Desde la noche oscura de los tiempos estamos observando el comportamiento de tu raza y ahora, después de haber sacado inconfesables conclusiones, sabemos cómo proceder.

Podemos eludir hábilmente cualquier trampa, cualquier artificio: conocemos la forma de la estaca. Nos llaman seres de oscuridad. Somos, aunque cueste creerlo, seres de luz.

Ahora, entonces, echá tu cabeza hacia atrás. Eso. Apartá el pelo de tu cuello. Así. Oigo a tu piel angustiada pidiendo el filo de este beso.

¿Alguna vez te besaron así?

Tu cuerpo se está sacudiendo. Es placer. No tiembles. Así. Eso es.

Mis labios se posan sobre esta superficie muda.

Ahora veo con claridad lo que asoma en la superficie de tu cuello. La piel se abre ante mi vista y quedo yo atrapado en ella. Tu perfume se desprende cuando hago así con esta mano. Mi mano sobre tu piel. Mis labios sobre tu piel. Mi aliento espesándose en la herida que mi beso crea en tu piel. Así. Relajá los brazos. A los costados del cuerpo.

Ahora puedo abrazarte. Puedo tomarte entre mis brazos. La cabeza más atrás. Eso. La sangre fluye por los dos tenues orificios abiertos en la tensa superficie de tu cuello. Bebo la sangre. Me crucifico en tu líquido. Mana la sangre como manó por el costado de Cristo. Mi boca es el cáliz que la recoge. No intentes escapar. El dolor va cediendo. Y tuyo es el orgasmo. Así.

Sobre mi cuerpo dejá descansar el tuyo. Se te concede el deseo. El último. Tu deseo. Mi grito se ahoga en tu sangre. Bebo tu sangre. Oscura. Mi grito se oscurece. Soy ahora un grito oscuro envuelto en tu sangre. El soldado que recibe la sangre de Cristo. El soldado que atravesó el costado del cuerpo. Soy, siempre soy, aquel soldado recibiendo en mi paladar inundado de tinieblas la sangre de todos los hombres crucificados.

Hay que esperar. La sangre paralizará su camino dentro de tu cuerpo. El pulso se acelerará hasta el silencio. La noche se hará día y entonces todo habrá concluido.

Repetí: Ahora veo con claridad lo que asoma en la superficie de tu cuello. La piel se abre ante mi vista y quedo yo atrapado en ella. Tu perfume se desprende cuando hago así con esta mano.

Bien. Ahora dirigirás tus pasos hacia aquel hombre, o hacia aquella mujer. Pasaron las últimas noches llamándonos. Sí. Aquel. O aquella.

Y ahora es tiempo. Te acercarás y acariciando el cuello desgranarás con violencia lo que oíste. Es tu hora. Adelante.

Que así sea.

Carpe diem



POR ARTURO CARRERA

¿Te arrojaste desde el avión
en un paracaídas leve y desde allí
soñaste y exigiste
que el viento no te llevara
a patrias que no coincidieran
con el sentido de la palabra patria?

¿Pisaste un campo minado?
¿Atravesaste pantanos?
¿Hiciste salto de rana?

¿Te arrastraste entre piedras
bajo un viento tan veloz que las pulía
y desollaba tu cara hasta sangrarte?

carpe diem

¿Te durmieron y arrojaron dormido,
en un paracaídas más grave que tus pesadillas,
hasta el légamo de un río que no llamabas patria
pero su sentido en tu inmovilidad
todavía la reclama, la señala, grita
con memoria de agua quieta
y la confirma?

carpe diem

El pícaro poeta Horacio dice lo que los poetas
quisiéramos repetir pero tenemos miedo:
"la parte más noble de nuestro ser
triunfará de la Parca"

Pero la Parca triunfará en su anhelo de desconocer
la dulce intermitencia de su memoria, de su
Bondad.

II
Carpe diem

Tu ambigua vanidosa variedad
como un rey en tres reyes pequeñísimos magos
que sólo en la escritura parece un trazo intermediario
(de ideograma entre el cielo y la tierra,
y barro común plateado
como la luna).

Y como sombra está firme y
como nieve
cae...
lo que viene a negarnos

–Tu extraña paternidad,
–tu "vacilante" deseo;

Y lo que Mamá nos dio por ímpetus:
la nostalgia,
la incierta gravedad de los afectos...

Todavía en el futuro aquí el instante
como un nacimiento que
no podríamos explicar,

empuja, expulsa:

el "sí" en el que serás un juguete concedido;
el "no" por el que sí concederías tu verdad.

LA ESPERA DE UNA *ola*



POR GUILLERMO SACCOMANNO

Al terminar la temporada, cuando la playa se vacía de veraneantes, aparecen los surfistas. Los balnearios ya levantaron las carpas. La costa es un horizonte de viento, arena y mar. Entonces se los puede ver. Los surfistas parecen haber estado siempre ahí, a unas brazadas de la orilla, en la rompiente, esperando.

Ahora el mar les pertenece como nunca. Y van a permanecer en el agua, agazapados, aun contra el presagio de una sudestada. Hay algo que llama la atención al verlos achicados en la distancia, asomando apenas en la magnitud del océano.

Observarlos desde acá, desde la playa, en lo que dura esa espera, la espera de esa ola, tiene mucho de misterio y revelación.

A veces los surfistas están desde la mañana temprano. A veces, si el día empezó tormentoso, recién llegan al mediodía, cuando un resplandor débil se filtra entre las nubes densas. Sin embargo, entran en el mar, se quedan un tiempo largo. Quien los observa se pregunta por qué no aprovecharon esa ola. Pero la ola que el observador calcula apropiada no es, con seguridad, la que está esperando ese surfista que sujeta la tabla. Esa ola esperada es como un sueño personal, privado, inaccesible. Sólo el surfista sabe lo que está esperando. Sólo él.

Hay momentos en que el mar está demasiado calmo. La superficie se aquieta, es una extensión de sosiego. Y esa calma, se advierte, es una premonición. Después de un rato, indolentes, empiezan a formarse algunas olas. Entonces los surfistas se preparan. Aun desde lejos puede advertirse ese suspenso del cuerpo sobre la tabla, los músculos en tensión, listos para el salto y el viaje a lo largo de la ola.

Con suerte, y no sólo con destreza, el envión puede durar unos segundos largos. Acá, en esta costa atlántica, las olas suelen ser engañosas en su duración, quizá interminables para el observador, pero nunca lo bastante para el surfista. Si se quiere una ola adecuada hacen falta entonces, además de reflejos, ese golpe de suerte que convertirá en proeza ese tiempo tan corto del equilibrio vertiginoso en la cresta de espuma. Pero para que ese golpe de suerte ocurra es necesario estar en el agua, siempre, esperando.

Uno puede preguntarse cómo se explica ese misterio y esa revelación que está y no está en la ola. Quizá el misterio se explica en la espera. Y la revelación, en la fugacidad de ese deslizamiento en el que la existencia, de golpe, es viento.

¿De qué estoy hablando?

De escribir.



Mantra

POR RODRIGO FRESÁN

El amor se muere. El amor empieza a morirse –igual que nosotros– a partir del momento exacto de su nacimiento. El amor, nuestro amor, se muere del todo con el renacimiento de tu memoria.

Yo no puedo precisar el momento exacto en que comencé a amarte, MaríaMarie, porque mi amor por ti sólo pudo comenzar cuando tú decidiste empezar a amarme. Así que, digamos, un poco después del principio de tu amor.

Bienaventurados aquellos contados elegidos que comienzan a amarse simultáneamente y ponen a funcionar el motor del amor juntos, al mismo tiempo.

No fue nuestro caso. En la mayoría de los casos no es así. En la mayoría de los casos es uno el que empieza a amar al otro y ese otro decide entonces si reacciona a ese amor respondiéndole o no.

En al amor, casi siempre, uno pregunta y otro contesta. Por lo general, el amor del que responde es el que se muere primero.

Digo que no puedo precisar el momento exacto en que comencé a amarte, María-Marie, pero sí puedo identificar con exactitud las coordenadas de cuándo y dónde comenzaste a amarme a mí. Yo estaba sentado en un banco de una plaza de París. Leía un libro que no recuerdo, pero que estoy seguro de que me gustaba demasiado y que me producía esa especie de odio admirado que nos produce todo aquello que nos gustaría fuera nuestro y no lo es. En alguna parte, sí, se mencionaba un experimento con orangutanes a los que se les inyectaba un poderoso antidepresivo cuyos efectos secundarios eran que los simios se enamoraban de lo primero que veían. Una chispa de endorfinas y el amor estaba, de golpe y sin fronteras, en todas partes. Ahí también.

Digo que yo leía y era otoño, porque apenas levantaba la vista de las páginas para contemplar cómo giraban los remolinos de hojas secas. Tú estabas sentada en otro banco vigilando a un niño en los columpios. Tú, que no recordabas nada de tu pasado –ni te interesaba recordarlo– y te limitabas a disfrutar de tu presente como chica *au-pair* de importación. El niño –un perfecto exponente de atemporal niño parisino: el pelo largo y cortado estilo medieval, los ojos grandes y azules, el abrigo cerrado hasta el cuello como el de un general en el punto más elevado y lejano del campo de batalla– dejó de columpiarse con esa forma abrupta que tienen los niños para interrumpir lo que están haciendo. Como si alguien hubiera presionado un botón en su control remoto, como si hubiera recibido una orden súbita de su verdadero e invisible dueño. En cualquier caso, el niño vino hacia mí –porque los niños que todavía no han aprendido a leer son especialmente sensibles a la hora de molestar a todo aquel que osa leer frente a ellos–, tomó el libro de mis manos, lo cerró y lo puso sobre el banco, me miro fijo y preguntó:

"¿Cómo es estar muerto?"

Me lo preguntó con esa seriedad única e irrepetible de quien piensa por primera y única vez en la muerte. Miré al columpio que todavía se movía, descubrí una ardilla muerta a pocos metros del columpio, pensé: "Velocidad/ Altura/ Peligro/ Ardilla/ Muerte; así fue como llegamos a esta pregunta, jovencito". Miré a los ojos del niño que me miraba a los ojos. Miré a ese punto exacto entre los ojos del niño y pensé, por qué no, en patearlo, en demostrarle cabalmente y en carne propia lo que era la muerte y todo eso, para que aprendiera de una vez a no importunar a desconocidos. Sentí, también, que te acercabas, María-Marie. Una mancha de colores ocres en el vértice de mi pupila. No supe cómo eras ni quién eras, pero fue a ti y no a él a quien le contesté, porque ya estabas de rodillas junto al niño (que recién ahora sé que se llamaba Jules porque en la pantalla del televisor aparece un cartel que así me lo informa y a mí que me importa y de qué me sirve eso ahora) y porque, mientras le decías a Jules que no molestara a *monsieur*, también parecías especialmente interesada por conocer la respuesta a esa pregunta. Mi respuesta a esa pregunta.

"Estar muerto es igual a como era todo antes de que nacieras, ¿o no lo recuerdas?", te contesté como si le respondiera a Jules, quien sonrió aliviado un *oui-oui-oui* con algo de canto de pájaro bobo.

Entonces, estoy seguro, fue cuando comenzaste a amarme. Lo supe del modo en que sólo pueden saberse esas cosas y se las acepta. Lo supe del mismo modo en que no nos resistimos a, por ejemplo, lo que nos dicen y nos aseguran que es la imagen del eco del Big Bang tomada por el satélite Cobe.

El niño, Jules, por fin dejó de decir *oui*, pensó por unos segundos y después sonrió aliviado y volvió corriendo al columpio lanzando uno de esos gritos de felicidad que lanzan los niños como si arrojaran al aire la más feliz de las piedras a un mundo que es todo de cristal y dispuesto a ser hecho pedazos todas las veces que sean necesarias y las veces necesarias son, siempre, todas.

Entonces te quedaste sola ahí, de rodillas, a mis pies. La bufanda escondiendo tu boca por completo pero, aun así, supe que hacías esa pregunta invisible –el inesperado principio de tu amor, un breve y casi imperceptible temblor en tu nariz– para que yo, también, la respondiera y le respondiese a tu amor.

"Hola", te dije, le respondí entonces, me acuerdo ahora, me acuerdo de todo ahora.

La ragazza di Trieste

POR VANNA ANDREÍNI

un rayo de sol
luego
relámpagos
no hay truenos a través del cielo
Pomeridiano
las sombras
esconden el paisaje
un pueblo desierto
la luz viene
difusa
desde una luna muy amarilla
baja
el ruido del mar
lo sumerge todo
la brisa
enfría
mi cabeza rapada
puedo entrar
en cada casa
Acquatico se mueve
niño-pez-usurpador-condenado
por mí
es de noche
ahora
todo me pertenece
todo rencor
me pertenece
este pueblo apestado
contiene mi condena
el silbido de los aviones
su vuelo bajo
mi cabeza brilla
desde el cielo
estrella fugaz
la lustro cuando
acaricio mi vientre
de lanzarme al agua
no ofrecería resistencia
no hay perros ni ratas
ni vergüenzas
hambre
Cándida
la voy a llamar

1993

POR ALAN PAULS

11.03 alguien señala, en un lugar, algo que es nuevo, y uno tiene la impresión de que lo nuevo es *todo lo que rodea* a lo que acaban de señalar. dos flamantes bibliotecas que escoltan a una ventana de madera y para mí lo verdaderamente nuevo es la ventana. que pase lo mismo cuando nos presentan a una persona: todo lo que la rodea se vuelve nuevo, la persona misma resulta por completo intrascendente. manera fatal de enamorarse, porque la persona que enamora *se enmascara* en todo lo que está a su lado, que sólo es nuevo y atractivo por una especie de irradiación misteriosa, de contagio, en el que la verdadera fuente de novedad y de belleza pasa, en ese momento de descubrimiento, inadvertida.

22.03 lo que una mujer deja al abandonar a un hombre: cáscaras de pistacho por todo el departamento, y todos los instrumentos para escribir inutilizables: los marcadores, secos; las lapiceras, sin tinta; los lápices, sin punta. de modo que cuando el hombre quiere anotar algo, un teléfono importante, por ejemplo, el número de una posible novia, no encuentra con qué escribir (y, en la búsqueda, cada vez más malhumorada, pisa un pistacho, resbala y cae. y tienen que enyesarlo.) título: *el convaleciente*.

en *asalto en la ciudad* (carlos cores, circa 59), esta idea: ignacio quirós se despierta a la madrugada en su casa del tigre. en off se oye el canto de un gallo, él apaga un despertador (que nunca sonó), el gallo deja de cantar de inmediato.

26.03 buena noche: inspirado, simpático, "democrático". pero al volver tengo otra vez la desagradable impresión de haber *despilfarrado*. vuelvo a repetirme que no tengo que gastar tanto ingenio en salidas sociales. ¡me queda tan poco! hay personas (v., por ejemplo) en las que los circuitos de la sociabilidad y los de la imaginación artística están bien comunicados y se alimentan mutuamente; hay otros, como yo, en quienes son circuitos completamente distintos, que no pueden compartir nada. todo lo que invierto en la vida social (ingenio, simpatía, vitalidad, modales, etc.) no *me vuelve* bajo nin-

ÓPERA *negra*

POR MARÍA MORENO

5. *Depósito de contraventores*. Contra un muro hay unos hombres desnudos y de espaldas. Con las manos se abren las nalgas para una observación *in situ*. Munidos de grandes lupas los doctores los inspeccionan y hacen su diagnóstico. En un rincón, la bella Otero espera su turno vestida y cantando, para aliviar la situación de sus compañeros, en el llamado Imperio de la Anomalía.

La bella Otero:
Del buen Retiro a la alameda
Los gustos locos me vengo a hacer.
Muchachos míos téngalo tieso
Que con la mano gusto os daré.

Médico uno: Sujeto A. Ha sido encontrado con un grueso palillo de boj introducido en el recto, de los que usan las mujeres para hacer encajes. La bibliografía internacional habla de una caja de bombones, de una botella de agua de la reina de Hungría, de un cubilete de vidrio de tres pulgadas y media de altura, introducido por una prostituta en el ano de un chino sexagenario en estado de embriaguez y cuya extracción fue practicada con feliz éxito por un cirujano norteamericano. El ano de este joven se halla situado al fondo de un *infundibulum* poco profundo, pero, sin embargo, muy acentuado, lo cual se explica por el poco desarrollo del surco interglúteo. Los pliegues están borrados en lugar de los que luce la estrella radiada propia de los hombres rectos. Diagnóstico: pederastía pasiva.

La bella Otero:
Con paragüitas y cascabeles
Y hasta con guante yo os la haré.
Y si tú quieres, chinito mío,
Por darte el gusto la embocaré.

Médico dos: Sujeto B. Aquí las uniones antifísicas sin duda han sido numerosas como lo prueba la relajación considerable del recto y puesto que la membrana mucosa de la última porción se reúne en el orificio anal formando un rodete saliente y grueso. Los pliegues están totalmente borrados.

La bella Otero:
Si con la boca yo te incomodo
Y por la espalda me quieres dar,
No tengas miedo, chinito mío,
No tengo pliegues ya por detrás.

Sodomitas (desde el Purgatorio):
¡El recto de un hombre recto
Debe ser como una estrella!
¡Y ésa es la buena estrella
Del hombre recto!

Médicos uno y dos: ¡Sodomita! ¡Gomorrita! ¡Sodomita! ¡Gomorrita!

Inspección de la Curia:
¡Qué pecado, qué pecado, qué pecado tan mortal
es
la inversión
sexual!

La bella Otero:
Si con la boca yo te incomodo
Y por atrás me quieres amar,
No tengas miedo, chinito mío,
Que pronto mucho vas a gozar.

Médicos uno y dos: ¡Sodomita! ¡Gomorrita! ¡Sodomita! ¡Gomorrita!

Inspección de la Curia:
¡Qué pecado, qué pecado, qué pecado tan mortal
es
la inversión
sexual!

Pederastas (desde el Purgatorio):
¡Peleamos! ¡Reclamamos! ¡Exigimos!
¡Ir al limbo de los niños!

En la morgue

POR JUAN FORN

La escena es más o menos así: dos mujeres, una bastante más joven que la otra, en una sórdida dependencia oficial. Un pasillo desnudo, una ventanilla cerrada y nada más. O sí: un banco, uno de esos bancos tan incómodos como providenciales, frente a esa ventanilla cerrada, donde las dos mujeres tendrán que esperar horas, por culpa de algún inmisericorde trámite burocrático que ni siquiera saben en qué consiste, hasta que el empleado de turno se digne a aparecer y les informe.

La sórdida dependencia oficial es una morgue. Las dos mujeres son paciente y terapeuta. Sé algo más de las dos: que, esa misma mañana, la paciente fue a su sesión semanal, a anunciar a la terapeuta que necesitaba espacio, seguir sola. Pero tocó y tocó el portero eléctrico y nadie atendió. Algo que nunca había pasado antes: ni una sola vez cancelaron una sesión, ni la una ni la otra, a lo largo de ese año de terapia.

Después de chequear desde un teléfono público los mensajes en su contestador (ni señales de la terapeuta), ella se sumergió de vuelta en la ciudad como si ya hubiese dejado la terapia (a fin de cuentas, el hecho ya había ocurrido, al menos en su cabeza). En gran medida porque, en el curso de las horas siguientes, le pasa algo horrible: muere alguien muy cercano a ella. Esa muerte es lo que la lleva a la sórdida dependencia oficial, devastada y todavía atónita cuando ve en ese pasillo desnudo a su terapeuta. Abrumada como está por el dolor, la chica no atina a confesar el motivo por el que está ahí. Y la terapeuta piensa que ha ido a consolarla, a hacerle el aguante, a acompañarla en el mal trance.

En esa situación –solas las dos en ese pasillo, sentadas sin otra cosa que hacer salvo hablar o estar en silencio, como en sesión–, la que empieza a hablar, a abrirse, a develar qué vínculo la unía con el muerto, es la terapeuta. La reacción de la chica es doble: por un lado no quiere más que escuchar, ávidamente; por el otro, quiere confesar qué la llevó hasta ahí, y qué siente ella por el muerto.

No sé qué se dicen una a otra. No sé siquiera si es uno solo el muerto. Sospecho que es una obra de teatro. Y que no voy a escribirla nunca. Es todo lo que sé, por ahora.

guna forma –ni siquiera bajo la coartada de un goce- gasto puro, a la bataille. v. tiene razón: he "progresado", ahora puedo "entregarle" algo de mí a lo social. pero todavía no consigo "recibir" nada de él.

12.04 en la clínica santa rosa, una funesta noche de domingo santo. esperamos en una sala a que el psiquiatra de guardia salga del consultorio donde ausculta a p. son cerca de las 8. una vieja casa en olleros y luis maría campos, estilo los locos addams. gente que deambula por el lugar. la dificultad de decidir quiénes son pacientes y quiénes enfermeros. una chica irrumpe en la sala de espera, vestida de calle, y se presenta formalmente. "soy miriam, miri para los amigos", dice, mientras va dándole la mano a cada uno. todos creemos que es una empleada de la clínica que se presenta a darnos la bienvenida, con café, tragos y recomendaciones diversas. cuando llega hasta mí abre la boca y exclama: "¡pero si es el famoso alan power!" ("tengo que decirte que te quedaba mejor el pelo largo") y a partir de ahí todo enloquece. no trabaja allí, es paciente;con suerte sale la semana que viene. nombra en dos minutos a toda la gente famosa que conoce: a eduardo hoffman ("para los amigos": para los demás se llama sergio denis), a cierta periodista que escribe en la nación, una de cuyas notas me muestra en el acto (doble página de inmobiliarias del diario). dice que es su amiga íntima; le regaló una foto de charly garcía en concierto, autografiada, pero no por charly sino por la amiga, delia algo, que la robó del archivo fotográfico del diario y le estampó al dorso una dedicatoria para acelerar su recuperación. a lo largo de dos horas, miri aparece y desaparece varias veces, siempre por motivos distintos. una vez es para presentarnos a otro paciente de la clínica, un chico de pelo largo, pantalón de piyama y pantuflas que me pregunta si en estados unidos podrá encontrar a mick jagger y a keith richards. piensa viajar allá en 1994, por el mundial, y se le ocurrió que era una buena oportunidad para verlos. le digo que más probable me parece londres. "eso es en inglaterra, ¿no?", me dice. miri se lo lleva de prepo mientras discuten con frases ajenas. él usa algunas del indio solari ("violencia es mentir"); ella, de saint-exupéry ("lo esencial..."). se las tiran como dardos. miri reaparece una vez con caramelos y unos restos de huevos de pascua. la cascarita de chocolate, ínfima, es para mí, los caramelos, para los demás. "yo sé que estos momentos son muy tensos". otra, para mostrarnos un carné de fotos. v. se atreve a mirarlas. miri le va dictando nombre y apellido de cada uno de los retratados: "marta, la locutora de la radio, una radio de temperley", "Fernando, el potro del mundo: mi futuro marido", etc. sólo que cada vez que se va de la sala donde esperamos cierra las puertas tras ella, como si quisiera privarse de la tentación de vernos desde otra sala para no tener que estar volviendo todo el tiempo. me pregunto si la habrán medicado con tranquilizantes o con anfetaminas.



LA CAUSA DE LA GUERRA

POR SANTIAGO LLACH

Anoche tuve un sueño: vos y yo
nadábamos desnudos en un inmenso río
y después descansábamos al sol sobre una playa
de piedritas redondas,
leyendo a M con inmensa alegría,
sonriendo.
Éramos felices.
No es que deseáramos evadir
las leyes generales de la vida,
pero les éramos ajenos.
Sólo eso. No la construcción de lo salvaje
ni la acumulación barroca
de lo que tiene su razón en la ciudad.
Perfectos, ávidos para el amor.
Nosotros, victorianos.
Y, en fin, ¿qué te puedo decir?
¿Qué me ha dejado
la lectura de tu libro?

¡QUÉ BARBARO!

POR SERGIO BIZZIO

Me venía cogiendo bichos de lo lindo,
lo confieso (¿o no soy un escritor?).
La vaca, la gallina, la oveja, la casera
(el marido, mire usted, nos espiaba,
desnudo y temblando con la capa
de la esposa en la espalda transpirada).
Estas cosas, mal o bien, tienen su tamaño...
Pero anoche, haciéndome el boludo,
llego al colmo, al alambrado...
No había luna (con tanto cielo,
qué raro). Mordía un pasto y me rascaba
amparado el ojete en la oscuridad...
La perdiz estaba en su hueco.
Yo mismo, hacía un rato, en el mío,
le daba al marote y ella aparecía
con las alitas quietas y la mirada
perdida, como envasada.
Me le senté al lado y (por supuesto)
se hizo un silencio, dos,
hasta que, sabiéndose perdida
–acaso yo vibraba y ella me leyó–,
se puso de rodillas. Le vi la espaldita y
"Bueno, permiso", pensé
haciendo a un lado la bragueta.
Tuve enseguida un momento de razón...
Mi poronga, su sombra, la cubría y le sacaba
una larga cabeza de ventaja.
Me importó, sí, pero bueno:
se la puse igual. ¿Vio cuando usté apoya
la mano húmeda en un poste y después la saca,
el ruido que hace lo sutil que es?
Ponérsela fue igual que resumir:
un solo pijazo le bastó.
(A mí no, yo sinceramente
hubiera querido un poco más...)
¡Qué loco es verse en la punta
del choto un pico abierto de perdiz!
(y los huevos cagados emplumados
mientras late distinto el corazón).
Prendí después una tuca
("ñaruso" le digo yo, en clave)
y enseguida me dormí y me desperté.
¡Para qué! Todo el campo estaba ahí.
Una fila con los bichos ya culeados
y otra más, adelante, con la gente.
Me saqué del choto la perdiz con un revés,
me paré de un salto, los miré ofendido,
como violado, y ahí nomás, por tierra,
empecé a volver. ¿Qué sentía? No sé.
Calor. En eso pasó Domínguez en primera
fumando un Jockey Club. "¡Chau, qué hacés!",
me saludó. Yo levanté la mano
pensando en otra cosa ("qué lástima, se va a saber")
y dejé que me tapara el polvo del tractor.

TRES DESEOS (un fragmento)

POR CLAUDIO ZEIGER

Julián iba en el subte rumbo a su casa. Sus padres estaban afuera, en uno de esos viajes que hacían de vez en cuando para reconciliarse y *"recomenzar"*, decían. Durante esos días él había fantaseado intensamente con la posibilidad de llevar un flaco a su casa y acostarse con él en la cama que ocupaba desde la adolescencia. No era más que una fantasía obvia, de libertad pueril, que identificaba el sagrado valor de la libre elección con el sentido de la oportunidad por la ausencia de los padres. Ni él mismo creía que pudiera llegar a concretarla. Era solamente una provocación en el vacío, rebeldía familiar sin testigos ni valentía, una pavada que lo tenía caliente pero que seguramente podría disipar dando vueltas por la calle mientras decidía si se iba a cocinar algo o compraba empanadas en una rotisería.

Se había demorado dando vueltas por el centro, caminando por Avenida de Mayo, y aún metido en el subte seguía fantaseando y no se resignaba a que esa pelea dolorosa entre el deseo y el miedo le hiciera morder de nuevo los bordes de la derrota. Y entonces, de pronto, no fue necesario pensar más. Su mirada había estado recorriendo el cuerpo de un flaco en forma totalmente inconsciente mientras pensaba, y cuando llegó a la altura de los ojos supo que involuntariamente había dado en el blanco. Se quedaron petrificados. Una estación más y tenía que bajarse, y cuando se arrimó a la puerta el flaco se lanzó detrás suyo. En menos de un minuto, pasado el momento de recambio de los que entraban y salían, estuvieron los dos solos en el andén. El flaco avanzó decidido hacia la salida, pero él se demoraba. Retrocedió. El flaco se quedó parado. El se acercó, olvidado de la gente, del andén y de sí mismo. De golpe todo había desaparecido. Su cuerpo recibía sucesivas y brutales descargas de adrenalina. Se saludaron. Julián propuso ir a tomar un café y notó que el flaco dudaba. Cambió café por gaseosa. El flaco rió. No era la bebida, claro. Julián enseguida dijo que podían ir a su casa, que quedaba por allí cerca. Entonces el otro aceptó.

Eran, vistos desde afuera, muy diferentes: el otro era un moreno con un toque selvático, como si pasara mucho tiempo al aire libre y además de ser morocho estuviera quemado por el sol; todo un contraste con la palidez de la piel de Julián y su aire reconcentrado, mental. Agustín, que así se llamaba, le hablaba con un acento dulce, levemente arrastrado. Dijo que era correntino pero vivía en Buenos Aires desde hacía varios años. Mencionó el trabajo, su trabajo en una unidad de la Prefectura y Julián empezó a reparar en su pelo excesivamente corto, rapado a cero atrás, y pensó *"este flaco es cana o milico"*.

En el departamento, Agustín le contó que hacía poco tiempo acababa de romper una relación con su pareja, un hombre que era mayor que él y trabajaba en la policía. Su ex novio era un sargento de la Policía Federal. No lo decía como un dato especialmente problemático, pero esa manera tan sencilla de hablar de dos homosexuales de fuerzas de seguridad generaba un efecto de rara transparencia, turbia en el fondo. La transa se demoraba. Agustín parecía muy cómodo y conforme con la charla. Enterarse de que estarían solos en la casa lo había relajado. Era claro que Julián le gustaba a Agustín. Y Julián sentía un enorme deseo de tocar el cuerpo de Agustín, el color de la piel de Agustín lo atraía mucho, lo exaltaba, pero todo venía mezclado con el malestar que le provocaba la casi confirmación de estar frente a un cana. No había dicho eso Agustín. Había mencionado una nebulosa oficina de Prefectura a donde había ido a parar acomodado por alguien. ¿Sería el favorito de un milico? Julián creyó que lo de Prefectura era una pantalla, que en realidad era cana, o un pibe que un día de éstos se recibiría de cana, y por las dudas lo sugería pero sin dejar de ocultarlo. ¿Qué podía hacer él con un cana recién separado de otro cana? Y si no era cana, era milico, separado de otro cana que vaya a saber si en realidad estaban tan separados. ¿Por qué las cosas debían de ser de esa manera?

Agustín pareció adivinar que algo le pasaba y era evidente que no quería perderlo, que le interesaba de verdad ese flaco tan ajeno, raro, lindo, le dijo que era lindo, no le dijo que era ajeno, pero era obvio que tenía la percepción de esa enorme distancia que los separaba, y lo atrajo hacia él y lo abrazó de un modo tan afectuoso que Julián se sintió borracho y desarmado.

Acabó demasiado rápido y también rápido lo echó de su casa. Se quedaron un rato en la puerta del edificio mirándose y cuando Agustín ya se había encaminado para la esquina, de golpe se dio vuelta y volvió.

–Yo voy a un instituto a estudiar, y a eso de las diez salgo. De lunes a viernes. Si querés pasá. A eso de las diez y media. De la noche ¿sí?

Alicia odiaba a los canas y a los milicos. Era un odio profundo, que seguramente le resultaba incompatible con el hecho de acostarse con un policía y él, que también compartía ese odio, acababa de dar un extraño paso hacia un territorio por el que no había caminado antes. Temía ser repudiado en ese terreno que al fin y al cabo tanto le importaba: el terreno de los valores y las ideas que podía llegar a compartir con Alicia y muchas otras personas parecidas a ellos dos. Y sin embargo fue a buscar a Agustín a ese instituto.

Era una dirección por Belgrano y San José, y aunque no ubicaba ningún "instituto educativo", estaba sospechosamente cerca de la central de policía. Dio vueltas, pero no veía a Agustín, y después de veinte minutos de merodeo decidió abandonar la zona. ¿Habría vuelto Agustín con su novio policía? ¿Estarían juntos y lo habrían visto tratando de identificar ese instituto inexistente? Desarmado su orgullo, rebajada su soberbia por la derivación de la historia, se alejó de la zona. Detectó una cuota de sufrimiento en su interior, una protuberancia de angustia, palpable.

Unas semanas después volvió a rastrillar todas esas cuadras que parecían conformar una ciudad en miniatura, administrativa, un poco árida e inamistosa aunque no le llegaba a resultar del todo hostil. Cuando un policía volteaba la cara hacia él se sobresaltaba, hasta comprobar que no era Agustín. Sabía que en caso de producirse un cruce iba a ser un encuentro casi casual que no iba a dar para más que un saludo triste y distanciado, lejanamente cómplice. Nunca nadie se enteraría de que se había relacionado con esa clase de gente. Pero lo cierto es que no se cruzaron. En ningún momento.

El verdadero motivo de los campesinos

POR MARCELO BIRMAJER

Sospecho que todos conocerán el cuento del pastor mentiroso y el lobo. El pastor pide ayuda a los gritos y, cuando los campesinos acuden, se burla de ellos. Tres veces grita que viene el lobo y las tres veces es mentira. La cuarta vez el lobo realmente aparece; el pastorcito grita; los campesinos creen que es mentira y el pastorcito muere devorado por el lobo. Pero resultó que el pastorcito era en realidad hijo de una familia de nobles y, en su mismo afán por engañar, había fingido la profesión del cayado, con el ánimo de conocer vidas ajenas. Sus padres, cuando lo supieron muerto a dentelladas, enviaron un investigador a desentrañar el suceso. El investigador recorrió el sitio aún tinto en sangre, los alrededores, e indagó a los campesinos. Llegó a una conclusión terrible: por la posición de los testigos, era evidente que el grueso de los campesinos sabía que la cuarta vez el lobo realmente se acercaba y no habían hecho nada por proteger al pastorcito. Indignado, los reunió y les dijo:

–Por mis investigaciones, por el recorrido que realizó el lobo desde el bosque hasta el pastorcito, por mis diálogos con ustedes, debo concluir en que, la cuarta vez que el pastorcito los llamó, ustedes sabían perfectamente que ese pedido de ayuda era cierto, que el lobo realmente lo estaba atacando. ¿Por qué no hicieron nada? ¿Acaso son tan salvajes como para vengarse de un jovencito, por tres burlas, dejando que un lobo lo devore? Si me remito a las órdenes de mis amos, debería arrasar vuestra aldea. Pero creo que nadie ganaría nada, y yo soy muy curioso: si me cuentan qué ocurrió realmente, tal vez me muestre compasivo.

Luego de un largo silencio, de rostros rojos de miedo y vergüenza, el más representativo de entre los campesinos habló:

–Sabíamos que era un noble. Las tres primeras veces acudimos porque sabíamos que el lobo no venía: pensamos que nos consideraría sus amigos y nos recompensaría de algún modo.

–¿Y por qué no acudieron la cuarta vez? –preguntó el investigador.

–Porque sabíamos que era verdad y tuvimos miedo del lobo.

Los artistas del bosque (cuento infantil, 1989)

POR DANIEL LINK

Para Eugenia y Tomás

Había una vez (no me preguntes cuándo, ni dónde) un osito que vivía en un bosque. Todos los días, cuando volvía de la escuela, el osito jugaba con sus amigos en el bosque: la hormiga, la paloma, el lobo y el ciervo (ya sé que esos animales no suelen jugar entre sí, pero por esto es un cuento, una utopía). Un día, el papá oso le trajo al osito de regalo una caja llena de témperas de muchos colores. El osito, inmediatamente, fue a mostrarles a sus amigos el regalo que le había hecho su papá. Todos quedaron encantados con tantas témperas de tantos colores y decidieron probarlas en ese mismo instante. Cada uno de los animalitos (el oso, la hormiga, la paloma, el lobo y el ciervo) fue a su casa a buscar un pincel, un trapito y un vaso con agua para lavar los pinceles.

Hicieron lo siguiente: pintaron el río que atravesaba el bosque de color amarillo, pintaron un árbol de color violeta, pintaron el sol de color marrón.

En eso, llegó una vaca sedienta a tomar agua y cuando llegó al río se quiso morir: vio (creyó) que el río estaba seco y que se veía el fondo de arena. ¡Pobre vaca!: se moría de sed. En eso, llegó el pájaro carpintero que vivía en el árbol y cuando vio esa cosa violeta se quiso morir: vio (creyó) que alguien había tirado su árbol verde y marrón abajo y que habían puesto una cosa violeta en su lugar. ¡Pobre pájaro carpintero!: se moría de tristeza. En eso, salió la señora coneja a tender la ropa que había lavado y cuando miró el cielo para ver dónde estaba el sol creyó que el sol no estaba más y que en su lugar había un hueco horrible y marrón. ¡Pobre coneja!: se moría del susto y se cayó al suelo sentada.

Los animalitos (el oso, la hormiga, la paloma, el lobo y el ciervo), que vieron todo lo que pasaba, también se morían, pero de risa, porque todos los animales del bosque estaban confundidos. En eso, salió la mamá osa de su casa, porque había escuchado las risas, y les preguntó a los animalitos de qué se reían. La hormiguita le contó y la mamá osa les dijo que tenían que limpiar todo y dejarlo todo como antes porque estaba mal asustar a los demás animales del bosque. Los animalitos (el oso, la hormiga, la paloma, el lobo y el ciervo: esto es un cuento, es una utopía) se pusieron a pensar cómo iban a limpiar todo, y no sabían, no sabían.

En eso, una lluvia muy fuerte empezó a caer y cada gotita que caía sobre el árbol limpiaba la pintura violeta, y cada gotita que caía limpiaba la pintura amarilla del río. Y al final salió el sol y era un sol amarillo y redondo como antes porque la lluvia lo había limpiado.

Entonces la señora coneja pudo tender la ropa; el pájaro carpintero encontró su casa y la vaca sedienta tomó toda el agua que quiso.

Los animalitos decidieron, entonces, que iban a pintar sobre papeles. Trajeron papeles muy grandes y en uno de ellos pintaron un pino muy verde y muy alto. En otro de los papeles pintaron una puerta de madera y la apoyaron contra una montañita de piedra que había por ahí. En otro papel pintaron un sol amarillo y redondo y lo colgaron de un poste.

En eso, llegó un gusano de la madera que vivía en un pino y cuando vio el pino pintado creyó que era el suyo. Quiso trepar y no pudo, quiso dar la vuelta y no pudo. ¡Pobre gusanito!: se moría de hambre. En eso, vino el señor topo que vivía en la montaña de piedra y cuando vio la puerta pintada quiso meter la llave en la cerradura y no podía porque la llave rebotaba. ¡Pobre topo!: se moría de bronca porque creía que su llave estaba rota y nunca más iba a poder entrar a su casa. En eso, salió la señora coneja para ver si la ropa se había secado y cuando miró para ver el sol, vio en el cielo dos soles redondos y amarillos y pegó un grito porque creyó que con dos soles todo el mundo se iba a morir de calor y de sed. ¡Pobre coneja!: se moría de miedo.

Los animalitos (el oso, la hormiga, la paloma, el lobo y el ciervo), que vieron todo lo que pasaba, se morían, pero de risa, porque todos los animales del bosque estaban confundidos. En eso, salió la mamá osa de su casa, porque había escuchado las risas, y les preguntó a los animalitos de qué se reían. El lobito le contó y la mamá osa les dijo que tenían que limpiar todo y dejarlo todo como antes porque estaba mal asustar a los demás animales del bosque.

Entonces los animalitos juntaron todos los dibujos que habían hecho y los enrollaron para guardarlos. Ya se tenían que ir a bañar (esto es un cuento, es una utopía: ya sé que los animales no se bañan a la tardecita). Se despidieron hasta el día siguiente, cuando se iban a encontrar para ver qué cosas (si es que había alguna) podían hacer con las témperas que no perturbaran a los demás animales.

COSAS QUE SIENTO YO

POR JONATHAN ROVNER

Imagino la angustia como una forma muy elaborada de la pereza. El nihilismo como dispositivo autoboicoteador, pero también como una fuente de autocomplacencia muy poderosa. Pensar en el vacío, concentrarse en la nada, es quedarse a solas con uno mismo. Y como en el mundo de la vida, hay relaciones más intensas y también hay intensidades que se manifiestan de manera "destructiva" o "violenta". Un apasionado romance, se sabe, hasta la ley lo sabe, puede llevar al crimen. Crimen pasional. Eso es el suicidio: un amor propio no correspondido. Un apasionado romance consigo mismo, que deviene muerte.

Si ese es tu ánimo, lo único que puedo decir... –aunque quizás mejor sería no decirlo, después de todo a nadie le importa nada– te imagino pensando "esto no tiene nada que ver con lo que a mí me pasa", y precisamente de eso se trata. Sin jamás llegar a tener idea de lo que en verdad les pasa a los otros, actuamos como si sí.

Los otros, yo, en este instante, que vengo a ser el otro, el prójimo, eso ahí que te habla, te quiere, te requiere, aunque a vos ni te importe, aunque tan solo te dé lástima. Y aunque sea por lástima requiere tu atención, doctora. Aquí estoy, no conozco tu sufrimiento, pero sufro.

Puerto Pirámide

POR ARIEL SCHETTINI

En mi caso, respirar en el ambiente donde vivo
Es una ventaja comparativa.
No quiero, como las ballenas,
Pasarme la vida imaginando el medio donde respiro,
O, como los astronautas,
Llevar a cuestas mi propio microclima.

En mi caso se trata de pura justicia.
No hubiera querido, como las ballenas,
Respirar fuera de mi espacio, acceder al aire a la fuerza
Bajar, después, a alimentarme de seres invisibles
Y terminar en Puerto Pirámide
Para dar testimonio de mi tamaño *freak*.

El aire que queda para mí no es una utopía.
No hubiera preferido
Quedarme a meditar como un gigante,
Sobre la inutilidad de mi amor por el aire
Inexplicablemente no correspondido
Con la forma de mi cuerpo
naufragado por la gravedad salto a salto.
No quisiera estimular la pregunta varada en el borde de la ciencia:
"¿Por qué se suicidan las ballenas y los poetas?"
"¿Por mamíferos?"

En mi caso está claro como el agua:
Mi diseño es enteramente humano (es decir, terrestre y adecuado)
Y mi respiración, pulmonar.
Respiro donde vivo; y el mundo terminó siendo
Lo que dijo que iba a ser.

Ahora, tan grande, a los cuarenta,
Esta respiración, lo sé,
Es lo que el mundo ofrece.
Eso (lo que respiro) lo tengo a mano,
Y el mundo nunca había prometido
Lo que sabía que no iba a dar.

puentes de sidra y helado

POR GABRIELA BEJERMAN

en la larga estepa que circulábamos
vos sobresalías más
tenías como un puente o muchos
a tu alrededor
y yo me subía a todos
o algo así

vos te fotografiaste con vos mismo
yo te tenía la cámara
nada más
parecía que hubiera un proyector de caras
mostrando los rieles de los puentes

un filtro de diamante opaco se apareció en tu ojo
¿viste?
yo qué sé
había un viento total que se pegaban
mis labios a un beso colgando
de tus puentes sabios, rotos

en la ropa que dejaste al lado del momento laguna
hubo un bulto
que se movió
como la simpatía
o el mal humor

parece tu estilo
ver llover helados
parece que estás llorando
pero eso no te toca a vos, cariño
¿sabés algo?
creo que sos un espíritu que vive en mi casa
en el fondo
no te conozco

voy a enseñarte a masticar agua
es un chiste que se me ocurrió
¿no te divierte?, ah
pero probá
¿viste que está buena el agüita?
mordela bien
no te atragantes
qué boca gorda rica
tenés mojado el rubor labial
qué suerte que estés tan cerca
así te puedo besar
vení, mush, me acerco, mush

después ya no había más sidra en nuestros corazones
el chocolate crocante estaba roto en la heladera
y el de dulce de leche
a medio derretir
quedó arte
mírenlo chicos vengan a chupar la sangre del primero de enero

y al atardecer de este día no ordené
los otros cortan sin dejar mensaje
voy a buscar la pastillita, vos
dormite

La bandera almidonada

20 de julio de 1969

POR JUAN SASTURAIN

Tras siete horas en el living frente al televisor, la platea hogareña en un principio completa, con parientes y vecinos saturando los sillones y las sillas traídas desde le cocina y el parque junto a la piscina, se había despoblado. Mientras las imágenes seguían llegando tan nítidas y desde tan lejos, su poder de convocatoria se diluía y la novedad, aunque pareciera increíble, ya no lo era.

La señora Collins apartó por un momento los ojos de la fatigada pantalla y miró a su alrededor. La tía Mockie se había dormido en la mecedora de primera fila, con su ridícula banderita aún erguida entre manos. Los dos primos de Michael, que habían viajado especialmente para compartir el histórico momento familiar, estaban a la altura de la cuarta cerveza y -desentendidos del suceso ocasional que los había convocado- volvían a sus verdaderos, únicos intereses: las finales de la Liga Mundial. A través de la gran puerta corrediza abierta al parque llegaba, junto con la tibia brisa de la noche que agitaba levemente las cortinas y la banderita de la tía, la charla interminable de Sandy y sus amigas. En algún momento de histeria o ambigua lucidez las adolescentes habían optado por la redundante luna que seguía ahí, distante, colgada sobre los pinos, en lugar de los primeros planos obscenos de la televisión.

El inquieto Jimmy había sido de los primeros en desertar. Aguantó apenas hasta un poco más allá del cierre de la escotilla a espaldas de Aldrin. Sólo los largos saltos aparatosos con sus segundos de suspensión, que causaron el asombro y las exclamaciones de la mayoría, le habían provocado algún comentario:

–Payasos... –murmuró resentido.

La señora Collins sólo atinó a apretar la mano de su hijo a modo de equívoco consuelo, y cuando al rato lo vio salir taciturno y fuera de hora con la bicicleta ni siquiera le recordó que era tarde para andar por la calle.

Era un día tan especial. Para ratificarlo, ahora, por enésima vez las imágenes reiteraban el momento en que el muñeco blanco, lento y globoso estiraba su histórico pie desde el último peldaño de la escalerita y tanteaba el aire hasta llegar a apoyarse en cámara lenta sobre la espolvoreada superficie.

–Ya volvemos con más Apolo XI –dijo el locutor sobre la imagen congelada.

Cuando la transmisión pasó al centro de la misión Apolo en Cabo Kennedy con su sonriente colección de técnicos en mangas de camisa, la señora Collins bajó el volumen al mínimo, desplazó la rubia cabecita del pequeño Mike que dormía apoyado en su hombro, lo estiró más cómodo sobre los almohadones y se levantó del sillón. Recogió las cocacolas tibias y los desfondados cartuchos de palomitas de maíz abandonados sobre la mesa baja y fue a la cocina.

Encontró la heladera previsiblemente devastada y la botella de whisky vacía en el cubo de la basura. Sin duda que para la tía Mockie también había sido un día especial. Lástima que en la mañana recordaría poco.

Conectó la cafetera eléctrica, puso los vasos bajo el grifo de agua caliente pero enseguida debió agregarle fría. Hacía calor y había un levísimo zumbido en el aire. Los insectos, muchos insectos, giraban en torno de la lámpara.

–No hay insectos en la Luna –había dicho Michael. Y no sólo eso: no hay atmósfera, no hay vientos... –Para qué van entonces, si no hay nada –había dicho Jimmy con lógica implacable.

Estaban en esa misma cocina hacía meses, siglos atrás.

–Vamos... para ir –contestó Michael y se empinó el café. Y porque no ha ido nadie.

El pequeño Mike manifestó su disconformidad derribando el cereal: en sus programas favoritos había pocas cosas más pobladas y transitables que la Luna. Y no hubo forma de explicarle la importancia de Apolo XI ni durante ese desayuno ni never more.

Con Jimmy el problema había sido y era otro.

La señora Collins se sirvió el café antes de que se calentara demasiado. Miró la hora, insólita para que su hijo anduviera todavía en la calle. Qué hora sería allá arriba. Era absurdo pensar que estaba más preocupada por el regreso de su hijo que por el de su marido.

–¿Y el tiempo? –había dicho ella cuando todo se supo, se distribuyeron los amargos papeles.

–Es relativo, porque no tendré referencias, o tendré otras. Muchos días lunares cortos y acelerados....

"El coronel Collins va a tener el privilegio de circunvolar la Luna en solitario durante más tiempo que ningún otro hombre en la historia", había dicho precisamente el expositor de la NASA mientras describía, para toda la nación y con la ayuda de un puntero, el esquema móvil y colorido de los vehículos que se parían unos a otros y se acoplaban y desacoplaban al vacío en una casi pornográfica clase de educación espacial.

–No deja de ser un privilegio, querido –dijo la señora Collins.

El coronel Collins apagó bruscamente el televisor ubicado a los pies de la cama y se sirvió un whisky doble de la misma botella que recién ahora, casi un mes después, acababa de desagotar la tía Mockie.

Aquella noche de domingo (la última antes de partir hacia cabo Kennedy) habían hecho el amor y después, desvelados, vieron por tercera o cuarta vez *Trapeze*, un melodrama en cinemascope al que la televisión le quedaba chica, con la insoportable Lollobrigida que hacía caritas mientras Burt Lancaster y Tony Curtis iban y venían por el aire de trapecio en trapecio hasta que pasaba lo que pasa en las películas de circo. La señora de Collins lo sabía pero igual siempre lloraba.

A él, esa vez la película, lo puso de pésimo humor:

–La gente mira al que hace las volteretas y no al que aguanta –dijo como para sí. ¿Lancaster o Curtis? Con quién se queda esa...

–¿Qué? –dijo ella.

–Nada. Te amo –dijo el coronel.

–Fly me to the Moon –dijo ella.

–O cerca.

–Tonto.

Los dos habían tomado demasiado whisky. Intentaron hacer el amor otra vez pero se durmieron hasta que el despertador militar (eran las cinco) le sacó al marido astronauta primero de la cama y de la casa y después de la Tierra y adyacencias.

Hubo un ruido en la puerta de la cocina.

La señora Collins, con la taza de café en suspenso, esperó que Jimmy entrara con la bicicleta y se secara, cabizbajo, las lágrimas con la manga de la campera de *jean* para preguntar:

–¿Qué pasó?

Jimmy levantó la cabeza y entonces su madre vio el magullón en la ceja, la nariz enrojecida, las secuelas de una trifulca de algún modo anunciada: –Dick y Fatty dicen que papá no fue a la Luna.

–Papá fue a la Luna, Jimmy. Lo viste, todos lo vieron.

–Dicen que es un chofer de bus... –Jimmy sollozó. ¿Por qué no bajó él? ¿Cuándo va a bajar él? –Mañana, tal vez –mintió la señora de Collins.

Abrazó a su hijo, lo sujetó contra su pecho.

Volvieron al living. Sandy estaba sentada con el pequeño Mike, que saludaba a la pantalla en que una vez más Aldrin se dejaba fotografiar, levantaba el brazo para Armstrong y el mundo.

–Papá –dijo Mike.

–¡Sandy! ¡No hagas eso! –gritó Jimmy.

Su hermana se volvió con gesto de desagrado:

–¿Qué le pasa a este idiota, mamá?

–Papá –ratificó el más pequeño de los Collins.

–No es papá, Mike... Ése no es papá –y Jimmy se plantó frente al televisor.

Mike frunció el entrecejo y echó hacia adelante el labio inferior.

–¡Mamá! Este idiota lo va a hacer llorar... –gritó Sandy.

Y Mike lloró.

El alboroto despertó a la tía Mockie, que con un cabezazo retomó la transmisión en el punto en que la había dejado, horas atrás. Vio al muñeco blanco contra el fondo gris de la planicie, contra el cielo negro y vacío, oyó el silencio espacial con rumores arratonados y descubrió, a un costado, la rígida bandera condenada al más espantoso abandono. En un rato se iban y la dejaban sola.

–Esa bandera, que no se mueve... –dijo Mockie agitando la suya, señalando con ella.

–No hay viento en la Luna, tía –dijo la señora Collins mientras la guerra fratricida se desencadenaba en el sillón. Le han puesto una guía, un palito para que quede extendida, para que se vea.

–Es ridículo –dijo la tía después de un momento. Un palito... Con los millones de dólares que les sacan a los contribuyentes. Deberían haberla almidonado. Yo le dije a Michael que en este viaje estaba todo mal organizado.

La señora Collins asintió en silencio.

Noticia sobre los autores



VANNA ANDREÍNI nació en 1969 y vive en Buenos Aires. Publicó *Bruciattel quemadas* (1998). **JORGE BARÓN BIZA** nació en 1942 y vive en Córdoba. Publicó la novela *El desierto y su semilla* (1998). **ANA BECCIÚ** nació en 1948 y vive en las afueras de Gerona. Publicó *Como quien acecha* (1973), *Por ocuparse de ausencias* (1984) y *Ronda de noche* (1987). **GABRIELA BEJERMAN** nació en 1973 y vive en Buenos Aires. Ha publicado *Alga* y este año aparecerá *crin*. **MARCELO BIRMAJER** nació en 1966 y vive en Buenos Aires. Algunos de los títulos que ha publicado son *Un crimen secundario* (1992), *Historias de hombres casados* (1999) y *Tres mosqueteros* (2001). **SERGIO BIZZIO** nació en 1956 y vive en Buenos Aires. *Mínimo figurado* (1988) y *Paraguay* (1991) se cuentan entre sus libros de poemas. *Planet* (1998) y *En esa época* (2001), entre sus novelas. **ARTURO CARRERA** nació en 1948 y vive en Buenos Aires. *La partera canta* (1982), *Mi padre* (1983), *Arturo y yo* (1983) y *El vespertillo de las Parcas* (1997) son sólo algunos de sus títulos. Actualmente prepara una colección de *Faunitos*. **JUAN FORN** nació en 1959 y vive en Buenos Aires. *Corazones cautivos más arriba* y *Puras mentiras* (2001) son, respectivamente, su primera y su última novela. **RODRIGO FRESÁN** nació en 1963 y vive en Barcelona. *Historia argentina* (1991) es su primer libro de cuentos. *Esperanto* (1995), su primera novela. El fragmento aquí reproducido pertenece a *Mantra*, novela que Mondadori publicará en noviembre próximo. **TAMARA KAMENSZAIN** nació en 1947 y vive en Buenos Aires. *La casa grande* (1986) y *Vida de living* (1991) son algunos de sus libros de poesía. **DANIEL LINK** nació en 1959 y vive en las afueras de Buenos Aires. Ultimamente ha publicado *La clausura de febrero y otros poemas malos* (2000) y la novela *Los años noventa* (2001). **SANTIAGO LLACH** nació en 1972 y vive en Buenos Aires. Ha publicado *La verdad láctea* (1998) y *La raza* (1998). El fragmento aquí reproducido pertenece a su libro *La causa de la guerra*, que será presentado la semana que viene. **MARÍA MORENO** nació en 1947 y vive en Buenos Aires. Ha publicado *El Affair Skeffington* (1992) y *El petiso orejudo* (1994), cuyo protagonista inspiró también la "opera negra" en la que actualmente trabaja y uno de cuyos pasajes reproducimos aquí. **ALAN PAULS** nació en 1959 y vive en Buenos Aires. Ha publicado *El pudor del pornógrafo* (1984) y *Wasabi* (1994), entre otros títulos. **JONATHAN ROVNER** nació en 1974 y vive en México DF. **GUILLERMO SACCOMANNO** nació en 1948 y vive en Villa Gesell. *Situación de peligro* (1986) y *El buen dolor* (1999) son respectivamente su primera y su última novela publicadas. El cuento aquí reproducido integra su próximo libro, *Textos personales*. **JUAN SASTURAIN** nació en 1945 y vive en Buenos Aires. *Manual de perdedores* (1987, novela), *Perramus* (comic) y *La mujer ducha* (2001, cuentos) son algunos de sus títulos publicados. **ARIEL SCHETTINI** nació en 1966 y vive en Buenos Aires. Publicó *Estados Unidos* (1994), reeditado en 2000 junto con *La guerra civil*. El poema reproducido pertenece al ciclo titulado *Postargentinidad*. **ALEJANDRO TANTANIÁN** nació en 1966 y vive en Buenos Aires. *Un cuento alemán* y *La tercera parte del mar* son sus obras teatrales más célebres. La pieza aquí reproducida fue escrita en febrero de 1998. **CLAUDIO ZEIGER** nació en 1964 y vive en Buenos Aires. Ha publicado *Nombre de guerra*. El fragmento reproducido pertenece a *Tres deseos*, novela que aparecerá próximamente. Salvo tres excepciones, que los lectores atentos identificarán fácilmente, todos ellos escriben para *Radarlibros*.